

CAPÍTULO IV

Elección de Itzcoatl. — Fecha de su elección. — Situación de Tenochtitlán. — Rivalidad con los tepaneca. — Hostilidad de Maxtla. — Persecución de Netzahualcōyotl. — Los mexica declaran la guerra á Maxtla. — Alianza de Netzahualcōyotl. — Topografía del terreno en que tuvo lugar esta guerra. — Batalla de Atzacaputzalco — Muerte de Maxtla. — Sujeción de los tepaneca y reparto de sus tierras. — Sujeción del pueblo tenochca al pacto que celebró con los guerreros. — Institución de los grandes empleos militares y civiles. — Ceremonias fúnebres. — Recobra Netzahualcōyotl su reino con el auxilio de Itzcoatl. — Guerra de Xochimilco y Coyoacán. — Conquista de Cuiclahuac — La triple alianza de los señores de México, Texcoco y Tlacópan. — Sus bases. — Los nuevos dictados de Colhuatecutli, Acolhuatecutli y Tepanecatecutli. — Reforma en la elección de los reyes de México. — Guerra de Cuauhnáhuac. — Otras conquistas de Itzcoatl. — Conjuración de Tlatelolco — Los tenochca toman la ofensiva. — Se apoderan de Tlatelolco. — Muerte de Cuauhtlatoa. — Le sucede Moquihuix. — Itzcoatl impone tributo á Tlatelolco. — Muerte de Itzcoatl.

Comienzan las crónicas por narrar con encantadora sencillez todas las circunstancias de la elección de Itzcoatl. Cuentan que á la muerte del rey Chimalpopoca, reuniéronse los tenochca, y tomando la palabra el más anciano, dirigióles la siguiente oración: «Os falta la lumbre de vuestros ojos, pero no la del corazón, porque aunque ha muerto Chimalpopoca, guía y luz de esta nación, os queda corazón, y no falta quien pueda ocupar su puesto: no ha muerto toda la nobleza tenochca, ni se aniquiló toda la sangre real. Volved los ojos, aquí están todos los nobles guerreros puestos en orden, y no uno ni dos, sino muchos y muy excelentes príncipes; aquí están los hijos de Acamapichtli, nuestro verdadero rey y señor: escoged, decid á quién queréis por nuevo rey. Si perdisteis padre, aquí hallaréis padre y madre. Haced cuenta de que por breve tiempo se eclipsó el sol y se oscureció la tierra, y que luego á la tierra tornó la luz. Si se oscureció Tenochtitlán con la muerte de vuestro rey, elegid otro rey, y salga con él el nuevo sol. Mirad á quién echáis los ojos, y en quién piensa vuestro corazón y á quién apetece, que ese es el que elige vuestro dios Huitzilopochtli.»

De común consentimiento eligieron por rey á Itzcoatl, hijo natural de Acamapichtli y de la esclava tepaneca. Asentáronlo en el humilde trono de *petatl* que á tanto lustre debía levantar, y uno de los oradores le hizo esta plática, como dice la crónica: «Hijo nuestro y señor y rey, ten ánimo valeroso, y está con fortaleza y firmeza; no desmaye tu corazón, ni pierda el brío necesario para el cargo que te es encomendado: ¿quién piensas, si tú desmayas, que ha de venir á animarte, ni á ponerte fuerzas y brío en lo que conviene al gobierno y defensa de tu reino y nación? ¿Piensas por ven-

tura que han de resucitar los valerosos de tus antepasados, padres y abuelos? Ya, poderoso rey, esos pasaron, y no quedó sino la sombra de su memoria, y la de sus valerosos corazones, y la de la fuerza de sus brazos y pecho conque hicieron rostro a las aficciones y trabajos. Ya á esos los escondió el poderoso señor de la noche y el día. ¿Has, por ventura, de dejar perder á tu Tenochtitlán? ¿Has de dejar deslizar de tus hombros la carga que te es puesta encima de ellos? ¿Has de dejar perecer al viejo y á la vieja, al huérfano y á la viuda? ¿Háslos, por ventura, de dejar perecer? Animo, ánimo, valeroso príncipe, no pierdas el aliento. Mira que nos observan los otros pueblos, y nos menosprecian y hacen escarnio de nosotros. Ten lástima de los niños que andan todavía arrastrándose por el suelo, sin poder levantarse como hombres, y que perecerán si nuestros enemigos prevalecen contra nosotros. Empieza á escoger la manta para tomar á cuestras á tus hijos, que son tu pobre pueblo que confía en la sombra de tu manto y en el frescor de tu benignidad. Está la ciudad de México Tenochtitlán muy alegre y ufana con tu amparo. Hizo cuenta que estaba viuda; pero ya resucitó su esposo y marido: que vuelva por ella y le dé el sustento necesario. Hijo mío, no temas el trabajo, ni te apesadumbre la carga, que el dios cuya figura y semejanza representas, será en tu favor y ayuda.»

No es para este lugar entrar en las consideraciones que tan elocuentes arengas, usadas en todas las solemnes ocasiones por los tenochca, sugieren al ánimo: ellas fotografían á la nación, y haga el lector para sí las reflexiones que no puede menos de producir ese lenguaje que está á la altura del de los héroes de Homero.

Llaman las crónicas á Itzcoatl, primer emperador

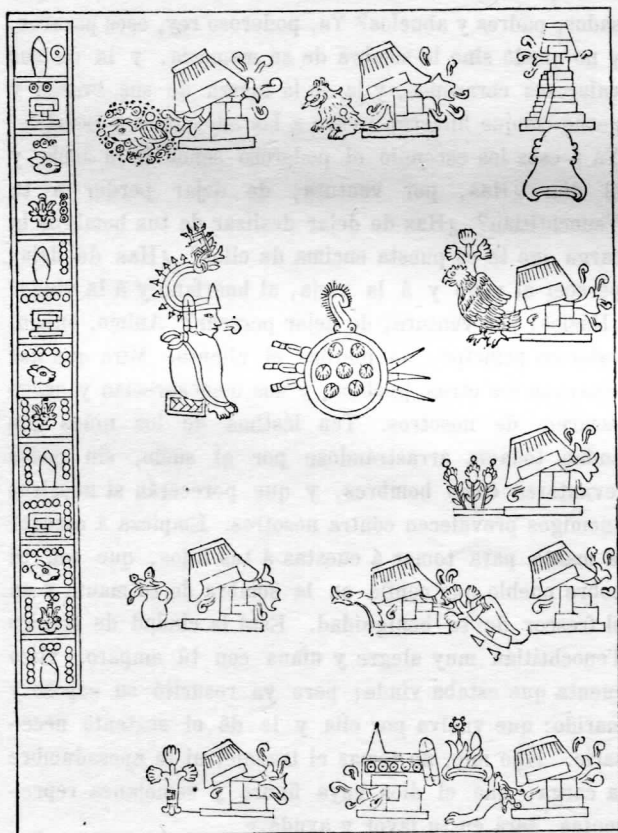
de México, y con justicia, que fueron reyes de nombre sus antecesores, y él fué el primero que no solamente hizo de la ciudad tenochca una ciudad libre, sino que la



Itzcoatl

levantó como señora de los lagos y reina poderosa del Anáhuac.

No carece de dificultades el fijar el año en que comenzó á reinar Itzcoatl, pues ya sea porque la cronología de los sucesos de la época primitiva de una nación



Códice Mendocino. — Reinado de Itzcoatl

es siempre poco precisa, ya sea porque los copistas de los jeroglíficos padecieron descuidos, ya, en fin, porque los cronistas ó equivocaron la correspondencia de los años mexicanos con los nuestros, ó siguieron diversos sistemas; lo cierto es que no encontramos acordes las

fechas señaladas al principio de este reinado. Pero ya que queremos escribir la historia, hagamos por lo menos cuanto esfuerzo podamos para fijar la verdad de los hechos.

Clavigero pone el advenimiento de Itzcoatl en el año nueve *ácatl* ó 1423. El padre Durán le señala el 1424. Henrico Martínez el 1437. Ixtlilxóchitl, Veytia, Chimalpain, en su crónica inédita, y Sigüenza en sus épocas históricas agregadas á la tabla ó calendario comparado del manuscrito de Santos y Salazar, también inédito, y que formó parte del museo de Boturini bajo el párrafo XXVIII, número 5, determinan el año 1427. A estas respetables autoridades se une el códice Mendocino, que designa como principio del reinado de Itzcoatl el año trece *ácatl*. Fray Jerónimo Mendieta, que en los capítulos XXXIV y XXXV del libro II de su *Historia Eclesiástica Indiana* hace una paráfrasis de este códice, señala también el año 1427. El códice Aubin señala al principio del reinado el año once *calli* 1425, pues aun cuando siguiendo la línea de años, á contar desde la fundación de Tenochtitlán, nos daría el año 1373, la anotación que en dicho códice hay de los años 1391, 92 y 93, nos da á conocer que falta un período completo de cincuenta y dos años, ó en el jeroglífico original ó en la copia. Los códices Vaticano y Telleriano-Remense dan la fecha doce *tochtli*, que el intérprete de este último determina como el año 1426 de nuestra era. De los jeroglíficos del Museo uno fija el año 1425 y otro el 1428. En fin, la *Historia sincrónica de Tepécpán y México*, trae unido por una serie de puntos al año *ce técpatl* ó 1428 la figura y jeroglífico de Itzcoatl.

Querer acordar estas diferencias es cosa imposible, y además, se ve que no son de grande importancia, pues Clavigero pone el año 1423, el padre Durán el 1424, el códice Aubin y uno de los del Museo el 1425, los códices Vaticano y Telleriano-Remense el 1426; el otro del Museo y el de Tepécpán el 1428, y el códice Mendocino y las irrecusables opiniones de Ixtlilxóchitl, Chimalpain, Mendieta, Sigüenza y Veytia fijan el 1427. Es verdad que Henrico Martínez se separa hasta el 1437; pero como en todos sus cálculos se equivocó en diez años, haciendo la debida corrección se conforma con el 1427. De manera, que siguiendo la opinión más lógica, diremos con Sigüenza que fué proclamado Itzcoatl rey de Tenochtitlán el 3 de abril de 1427, después de un interregno de cuatro días.

Se representa á Itzcoatl en la escritura jeroglífica, con el carácter figurativo hombre, generalmente coronado con el *cópilli* real, y hacia la parte superior de la figura una culebra con el cuerpo armado de puntas de obsidiana, siendo éstas, en el códice Mendocino, puntas de flecha clara y determinadamente dibujadas. *Itztli* significa obsidiana, *cohuatl* ó *coatl* culebra, palabras que compuestas dan la voz Itzcohuatl ó Itzcoatl. Ha sido esto causa para que se haya dicho

siempre que el nombre de Itzcoatl significa culebra de obsidiana. Pero los tenochca buscaban por la combinación jeroglífica el modo de escribir y leer los nombres, sin expresar, sin embargo, su significación, ni mucho menos su etimología; á no ser en los nombres de lugar, pues éstos casi siempre correspondían á algún accidente topográfico ó especial de la localidad designada. Hablamos de esto, porque es tiempo ya de que se vayan desvaneciendo antiguos errores, y prueba de lo que decimos es el mismo nombre de Itzcoatl.

En efecto, los tenochca fueron naturalmente progresando en su escritura, según iban en civilización progresando: fueron separándose más y más de los símbolos figurativos y aun de los ideográficos, para preferir, siempre que era posible, los fonéticos: primeramente siguieron la misma combinación gramatical de las palabras compuestas, y tomaban el sonido completo de los objetos representados, únicamente con la supresión de las desinencias y el aumento de las preposiciones que la gramática establecía para el lenguaje hablado: ya esto les dió dos vocales y muchas sílabas simples; pero más adelante, y acercándose ya al abecedario, comenzaban á tomar del sonido que daba cada figura tan sólo la primera sílaba, y así llegaron á tener en su escritura las cinco vocales é innumerables sílabas simples.

De esta manera, ya en uno de los códices que perteneció á Boturini y que catalogó bajo el número 12 del párrafo III, se escribió el nombre de Itzcoatl con una olla con agua y debajo una flecha de obsidiana, dando la primera sílaba de *Itzli*, obsidiana, *izt*, la primera de *cómitl* olla, *co*, y el agua su sonido monosilábico *atl*, lo que forma Itz-co-atl.

Se ve, pues, que es tan fuera de camino traducir el nombre de Itzcoatl por culebra de obsidiana, como por flecha de la olla de agua.

Examinemos ahora la situación política de Tenochtitlán al advenimiento de Itzcoatl. Ya vimos que las diversas tribus emigrantes se fueron asentando alrededor de la laguna, y dieron á la región el nombre de Anáhuac, de *atl*, agua, y *náhuac*, preposición que significa junto: Anáhuac, junto al agua. No se aventuraron, sin embargo, á internarse al lago. Este en la antigüedad era uno solo, muy extenso y muy profundo: llegaba por un lado hasta el Tepeyacac y Atzcaputzalco, y por el otro hasta el pie de Chapultepec y Atlacuihuayan. No se habían formado las diversas calzadas y diques que ahora existen, y recibía en su seno un río permanente y torrentes caudalosos que en la actualidad desfogan por el canal de Huehuetoca. Llamábanlo antiguas relaciones, mar. Hoy está dividido en seis lagos, desviadas varias corrientes, y sin embargo, todavía miden sus aguas 23,745 leguas cuadradas. Puede por esto figurarse fácilmente el lector, cómo siendo el lugar actual de la ciudad de México el fondo de la cuenca formada por las montañas del Valle, la isla de Tenochtitlán sólo pudo ser abordada por

nuestros antepasados en un momento de angustia y de inmensa desesperación. Sirvió esto, sin embargo, para preparar su grandeza futura. Dábase seguridad el temor de los otros pueblos de lanzarse al lago. Ocultaban su isla grandes cañaverales, que los sustraían de envidias y asechanzas. Mientras, poco á poco, iban formando sobre las aguas su ciudad, se dedicaban á la pesca, y la necesidad los hacía comerciantes. Comenzaron entonces á introducir en la ciudad madera y piedra, y ya bajo el reinado de Huitzililhuítl, empezaron á usar trajes de algodón. Constituyéronse, por decirlo así, en la potencia marítima del Anáhuac; y natural era que al dominar el comercio del lago, adquirieran el poder militar de sus aguas. Organizó también Huitzililhuítl la táctica de las tropas por tierra y agua; y es de creerse que al querer emprender la obra de traer á través del lago el agua de Chapultepec para surtir la ciudad, se formara la calzada de Tlacópan. De lo que no puede haber duda es de que Tenochtitlán, en el siglo transcurrido, había aumentado en extensión y en habitantes, que se había organizado bajo leyes sabias, que tenía un ejército disciplinado y valeroso, y que la industria y el comercio habían tomado gran desarrollo.

¿Esto, sin embargo, podía inquietar á los reyes comarcanos como narran las crónicas? Así se ha creído, al ver el aumento exagerado de impuestos que el rey tepaneca cargaba sobre los tenochca; y la conducta de Maxtla, señor de Atzcaputzalco, lo hace también suponer. Permítasenos, no obstante, separarnos de estas opiniones, y explicar esta nueva situación política, siguiendo la lógica de la historia.

El imperio tepaneca veía como humildes tributarios á los tenochca: cuanto al capricho real se había ocurrido, tanto habían hecho los tributarios. Antojósele un día al monarca que le llevaran una chinampa con flores y semillas nacidas, y entre las legumbres un pato y una garza empollando, de manera que al llegar á Atzcaputzalco sacaran en el mismo momento su cría; y quedó cumplido su antojo. La humildad de los tributarios buscó el unir su familia real con la del monarca tepaneca, procurando así mayores libertades y un bienestar más tranquilo. Al mismo tiempo, el poder de los reyes de Atzcaputzalco se extendía más y más, pues con la conquista de los acolhua dominaban todo el Anáhuac, desde Texcoco por el oriente hasta Coyohuacán por el poniente. ¿Cómo podían temer á la tribu tenochca, perdida en una pequeña isla de la laguna, tributaria sumisa, y que buscaba con ahinco la alianza real?

Y sin embargo, las crónicas, que tuvieron por base, no relaciones tepanecas, sino mexicanas, nos pintan á los reyes de Atzcaputzalco temerosos siempre del poder de Tenochtitlán. Esto se explica fácilmente por el orgullo nacional. Cuando los tenochca llegaron á gran poderío, pusieron en sus jeroglíficos y en sus narraciones históricas, hechos de sus antepasados que más recor-

daran glorias y poder, que la antigua humillación y servidumbre. Esta circunstancia, sobre la que tenemos que volver repetidas veces, hace que desde la primera estampa del código Mendocino, aparezcan los tenochca como conquistadores, y que las crónicas del padre Durán y Tezozomoc, ámbas tomadas de la misma fuente, nos relaten ese odio de los tepaneca, y ese temor que los impulsaba á buscar la destrucción de Tenochtitlán.

Razón tuvieron, sin embargo, para su saña; pero hay que buscarla en otra parte. Recibieron de Tenoch los mexica por herencia una venganza que debían cumplir sujetando á los culhua, tepaneca y tlaltlulca; no se había borrado tampoco en ellos la idea religiosa de hacer resplandecer victorioso por do quiera á su dios: así es que, siguiendo la política de su fundador, esperaban sufridos, espionando un momento oportuno para realizar sus esperanzas, y entre tanto se fortalecían con ejercicios guerreros. La ambición tepaneca, y sobre todo la insaciable de Maxtla, debía presentarles la oportunidad ansiada. El rey de Atzacaputzalco tenía en sujeción al imperio chichimeca, y Netzahualcóyotl, desheredado y pariente de la familia real tenochca, era un buen aliado para preparar la venganza. La historia no deja duda de estas relaciones políticas hostiles á Maxtla, y si á esto se agrega la alianza de Chimalpopoca con Tayáztin, se verá de bulto el motivo de la persecución tepaneca.

Natural fué que Maxtla, á la muerte de Chimalpopoca, preparara inmediatamente sus ejércitos para invadir y avasallar la isla de México. Bajo tales auspicios iba á comenzar su reinado Itzcoatl.

Grave debía ser entonces la situación de ánimo de los tenochca: debieron creer perdidos en un momento los sacrificios y las penalidades de un siglo, dedicados á realizar sus ensueños de grandeza. Con el ejército más poderoso del Anáhuac en frente, debieron desmayar. En situaciones más difíciles tuvieron más ánimo en su peregrinación; pero entonces obedecían á su dios que les hablaba por boca de su jefe sacerdote; y para un pueblo esencialmente fanático, no era discutible el sacrificio y la obediencia ciega á esa voluntad divina. Resorte tan poderoso se había debilitado con la elección real, y en tan grave conflicto no esperaron la palabra del dios: la guerra estaba á las puertas de la ciudad; buscaron para rey á un guerrero, á Itzcoatl, *tlacatécatl* de las tropas del reino. Cuatro días pasaron entre la muerte de Chimalpopoca y la nueva elección: dedicáronlos los tenochca á hacer las exequias de su rey.

Maxtla, en el momento en que supo la elección de Itzcoatl, pensó en atacar á Tenochtitlán, y si no lo hizo desde luego, fué porque no se cimenta en un día un tirano, y porque tenía que vigilar, no solamente á los tepaneca, sino á los texcocanos, pues Netzahualcóyotl vivía aún para recobrar su reino. Contentóse con quitar á los tenochca el feudo de Texcoco que les había dado su padre Tezozomoc, y dió el señorío de la corte acolhua á

Yancuítin, su sobrino; y mientras podía hacer la guerra á los tenochca, asedióles por tierra su ciudad, poniendo gente de guerra en Nonohualco, Xoconochpayalcac, Mazatzintamalco y Popotla, que eran los lugares de comunicación que tenían con Atzacaputzalco. Dirigió Maxtla principalmente sus iras contra Netzahualcóyotl, que le presentaba un peligro inminente. Púsole varias celadas para darle muerte; pero á todas escapó. Volvió á encontrar refugio y hospitalidad en el reino de Itzcoatl, y de allí salió á ponerse á la cabeza de las tropas tlaxcalteca, huexotzinca y chalca, cuya alianza había conseguido. Partió, en efecto, de Calpolálpán con su ejército: cayeron los tlaxcalteca y huexotzinca sobre la izquierda de las huestes tepaneca, los chalca sobre la derecha, y él entre tanto con sus acolhua fieles y los aliados de Zacatlán, Tototepec y Cholóllan, desbarató el centro y ocupó Texcoco. Quedó la victoria por Netzahualcóyotl, que recobró su reino el día *ce óllin* del mes *Micailhuitzintli* del año trece *ácatl*, es decir, el 11 de agosto de 1427, según la cuenta que saca el cronista Ixtlilxóchitl.

En los pocos meses que hasta entonces habían transcurrido desde la elevación de Itzcoatl al trono, sucesos importantes habían pasado en Tenochtitlán. Los tenochca, al ver las hostilidades de Maxtla, volvieron á perder el ánimo apenas recobrado con la elección del nuevo rey, y desconfiando del éxito que pudiera traer la guerra, pedían la paz, *mostrando mucha cobardía y flaqueza, lágrimas y temor*. Cundió de tal manera el miedo, que ya no dominaba otro pensamiento en la ciudad que irse á entregar á los de Atzacaputzalco, para lo cual dispusieron los sacerdotes á llevar á su dios *Huitzilopochtli*. Iba á perderse en un momento el trabajo de tres siglos de esperanzas y sacrificios. Los sacerdotes, los herederos de Tenoch, iban á entregar su ciudad y su dios!

Era entonces *tlacatécatl* de las tropas el joven Motecuhzoma, hijo del rey Huitzilíhuítl y sobrino de Itzcoatl. Presentóse al pueblo acobardado, y con el antiguo ardimiento de los mexica, lo apostrofó diciendo: —¿Qué es esto, tenochca? ¿Qué vais á hacer? Habéis perdido el conocimiento; aguardad, deteneos; esperad que tomemos consejo sobre este negocio. ¿Tanta cobardía ha de haber, que hemos de irnos á entregar á los de Atzacaputzalco antes de pelear?—El rey, valeroso, pero abandonado por su pueblo, propuso que antes de entregarse se mandara una embajada á Maxtla. Gran peligro había en tal misión, y solamente Motecuhzoma tuvo ánimo para aceptarla. Aderezóse con su traje de guerra, y partió. Manifestóle á Maxtla su embajada, quien le contestó que hasta el día siguiente, que hubiese tomado consejo de los suyos, no podría dar su respuesta. Levantóse el nuevo sol, y entonces Itzcoatl, sintiendo su indómita energía, y olvidando la cobardía de su pueblo y la debilidad de sus tropas, le dijo á su sobrino:

—Vé á ver á Maxtla y dile que manifieste claramente si nos recibe en su amistad; pero si en lugar de la paz te amenaza con la guerra, toma este negro *ulli* conque ungimos á los muertos, y úngele con él la cabeza como á cadáver; y dale de mi parte este rico *chimalli* y esta fuerte *maquáhuitl*; y dile que se los mando para que se defienda y defienda su *copilli*, porque hemos de ir por su vida y por su reino.

Declaró Maxtla su voluntad de hacer la guerra: aceptóla el embajador en nombre de su rey, ungió la cabeza al monarca tepaneca, y armándolo como se le había mandado, volvió á la ciudad. A la noticia de la guerra, dispuso inmediatamente Itzcoatl el nombramiento de los jefes, y lo aparejó todo para la batalla. Los nobles y valerosos guerreros, cobrando valor y entusiasmo, no oían ya las quejas del pueblo, que les recordaba el gran número de tepaneca y los cerros y bosques que les presentaban fortalezas naturales, mientras que ellos, pocos y en una isla sin salida, no tenían más remedio que vencer ó morir. Cuentan los cronistas que entonces pasó un hecho curioso, que vino á constituir un verdadero pacto social de sujeción y casi de servidumbre del pueblo al rey y á los señores nobles y guerreros. Prometiéronles los tenochca que si vencían á los tepaneca y á ellos los salvaban, les llevarían sus armas en cacaxtles; les darian sus hijas por mujeres, para que tuvieran tres ó cuatro, ó cuantas pudieran sostener; les darian tributo de tortillas, frijol y pinole; y se sujetarian á servirles en sus casas y mesas y mandados.

Los dos cronistas mexicanos, Tezozomoc y el padre Durán, no hablan de la intervención que tuviera Netzahualcóyotl en la defensa de Tenochtitlán; por el contrario, Ixtlilxóchitl, cronista texcocano, refiere extensamente el auxilio prestado por el príncipe acolhua. Cuestión es esta de espíritu de nacionalidad; pero como Itzcoatl y Netzahualcóyotl nos pertenecen igualmente, veamos si del laberinto de crónicas contradictorias puede salir la clara verdad. Atribuyen los unos á Netzahualcóyotl la libertad de Tenochtitlán, y los otros hacen á Itzcoatl el conquistador de Texcoco, y aun el código Mendocino coloca esta ciudad entre las conquistas del emperador tenochca. Creemos que ambos hechos son ciertos, y así resulta de lo que en la historia chichimeca cuenta ya el citado Ixtlilxóchitl.

Itzcoatl había mandado á Netzahualcóyotl una embajada para pedirle auxilio contra los tepaneca: formaron la embajada Moteculzoma, Totopiláztin y Telpoch. Aunque el principio de la relación de Ixtlilxóchitl hace suponer que pasó esto antes de que recobrará su reino Netzahualcóyotl, evidentemente fué después, tanto porque la misma crónica refiere estos sucesos al año 1428, cuanto porque dice que para auxiliar á los tenochca pidió el monarca texcocano auxilio á los chalca que tanto le ayudaron á recobrar su reino,

auxilio que fué negado por antiguos odios á los mexica. Además, declarada la guerra, la premura de las circunstancias supone la solicitud violenta y el eficaz é inmediato auxilio, lo que no podía tener lugar sino estando ya Netzahualcóyotl en posesión de Texcoco.

Respondió noblemente Netzahualcóyotl, recordando la antigua hospitalidad y los beneficios que de Itzcoatl había recibido, y partió con tropas de tierras y con canoas armadas, en ayuda de su pariente real. Desembarcó con su ejército en Tlatlilulco, en donde el rey Quauhtlatoa é Itzcoatl salieron á recibirlo; y organizóse, según lo determinado por los tres, el ejército aliado de tenochca, acolhua y tlatlilulca.

Estaba Tenochtitlán rodeada completamente de agua por sur y oriente, sin que hubiese entonces por allí ninguna calzada; por el norte la separaba de Tlatelolco un canal ó zanja, y más allá de Tlatelolco se extendía el lago hasta Tepeyacac. Sólo por el poniente se unían los dos reinos de México á la tierra, y ambos á Aztcaputzalco, el uno por la calzada de Tlacópan, hoy Tacuba, y el otro directamente por la de Nonohualco ó Nonoalco. Que esta última estaba ya construída en la época de que nos ocupamos, se deduce de haber puesto Maxtla avanzadas en el citado lugar de Nonohualco. A la izquierda de la calzada de Tlacópan, se extendía el lago de Tenochtitlán á Popotla, ocupando el lugar que hay entre dicha calzada, Chapultepec y las lomas de Atlacuihuáyan, hoy Tacubaya. A la derecha de la calzada de Nonohualco se extendían también las aguas hasta los cerros del Tepeyacac. Uníanse ambas calzadas ya en Aztcaputzalco, y bañaba esa ciudad el lago en todo el rumbo, todavía hoy pantanoso, de San Bernabé, Cuauhchilco, etc., siendo sin duda la orilla ó límite el punto llamado Acalotenco, que significa junto al canal. Del lado opuesto al lago y hacia el sur, teniendo de por medio gran parte de la población, estaba el *técpán* ó palacio, en el lugar que ocupa hoy la estación del ferrocarril. En la misma línea estaba el *teocalli*, frente al punto conocido por la Salitrería; pueden verse aún sus ruinas, aunque no están tan claras y distintas como las del templo de Tlacópan, que se levantan en forma de pequeño cerro, frente á la entrada principal de la parroquia, dejando ver su construcción de adobes, y manifestando todavía con bastante claridad sus diversos pisos. A poca distancia de Aztcaputzalco, y atravesando grandes bosques de ahuehetes y pinos, de que apenas quedan restos, extendiase el lomerío que lo unía con Coyohuacán, levantándose en último término la cordillera de montañas que como una corona cine el Anáhuac. Tal era el campo en que se desarrollaron los sucesos que pasamos á narrar, y que debían dar gloria inmortal á Itzcoatl, y preparar á los tenochca la supremacía y el imperio sobre la mayoría de los pueblos que habitaban la parte civilizada de lo que hoy forma nuestra República.

Tan luego como desembarcó Netzahualcóyotl reuniéronse en junta de guerra los tres reyes y los *tlacatécatl* ó generales del ejército aliado, y dispuesto el plan de campaña, se dieron los mandos principales á los primos y sobrinos de Itzcoatl. Formadas las tropas, dirigióles la palabra el rey tenochca, esforzándolas á vencer ó morir, recordándoles la gloria antigua del nombre de México, y exhortándolas á que no tuvieran en cuenta el número de los tepaneca, sino su propio ánimo, para que nadie desmayase en ese primer encuentro que debía hacerlas temibles á los demás pueblos. Presentó batalla el ejército de Maxtla, parapetado detrás de unas albarradas que habían levantado en el lugar llamado Xocnochnopaltitlán, nombre hoy enteramente perdido, pero que debió estar en el espacio que hay entre la Tlaxpana y la calzada de Nonohualco. Cuenta Torquemada que este primer encuentro comenzó de una manera fatal para los tenochca, pues envueltos y arrollados por los tepaneca, fueron rechazados hasta más acá de la cortadura de Petlacalco, hoy Puente de Alvarado; lo que causó tanto pavor en la ciudad, que comenzaron los soldados á pedir rendirse, y todo se habría perdido si, no buscando ya sino la muerte, no se hubieran lanzado contra los soldados de Maxtla, Itzcoatl, Netzahualcóyotl y Motecuhzoma en persona; haciendo tanta mortandad, y causando tanto temor á los enemigos la intrepidez del rey tenochca, que á sus propias manos había matado á su jefe, que comenzaron á retirarse, y los tenochca á perseguirlos hasta que los hicieron pasar por la cortadura llamada Mazatzintamalco. Recobrado el ánimo de los aliados, batiéronse tres días contra las fuerzas de Maxtla, hasta lograr desalojarlas de los terrenos de México, es decir, hasta más allá de la Tlaxpana. Hasta aquí puede decirse que se había empleado el tiempo en escaramuzas, pues los reyes aliados se habían limitado á lanzar á los tepaneca del territorio tenochca, y á entretenerlos mientras les llegaban los refuerzos que esperaban.

Llegaron por fin los huexotzinca y tlaxcalteca. Maxtla con sus tropas extendía su línea de batalla desde Popotla hasta la calzada de Nonoalco, casi ya en las orillas de Atzacaputzalco: era una masa compacta de soldados, cubiertos por la espalda de numerosas tropas de reserva. Ciento quince días duraron los encuentros entre los ejércitos contendientes, antes que se diese la acción decisiva. Llegó por fin el día de la victoria. Dividieron los aliados su ejército en tres cuerpos: Itzcoatl con gran número de tenochca y la mitad de los huexotzinca, mandados por su caudillo Temayahuáztin, marchó sobre Tlacópan; Motecuhzoma y Quauhtlatoa, rey de Tlaltitlulco, con los tlaltitlulca y el resto de tenochca, marcharon por la calzada de Nonohualco, paralelamente á Itzcoatl: como nuestros antepasados no conocieron la caballería, no la tenían para cubrir sus alas, como cubrían los romanos las de sus legiones:

formáronlas, sin embargo, los aliados con gran número de canoas montadas por diestros honderos y por expertos flecheros, que iban por el lago á la izquierda de la calzada de Tlacópan, y á la derecha de la de Nonoalco. Netzahualcóyotl, el *tlacatécatl* huexotzinca Xayacmachán y el *tlacatécatl* de los tlaxcalteca, con ellos, los acolhua y la otra mitad de huexotzinca, atravesaron el lago, y se fueron á situar al cerro Cuauhtepetl de la pequeña cordillera del Tepeyacac, para caer por el flanco sobre Atzacaputzalco. Dejáronse de reserva en la ciudad á los más mozos y menos expertos, pues los habitantes del Anáhuac seguían en esto la táctica contraria á la de los romanos; éstos ponían al frente de sus legiones á los más bisonos, para que si fuesen desbaratados, se encontraran los enemigos con los *tertiarii*, que era lo más escogido de sus tropas; los tenochca, por el contrario, fiaban la victoria al ímpetu de sus veteranos, y cuando el enemigo retrocedía, dejaban caer sobre él las reservas de bisonos, que acababan de destruirlo.

Dióse al ejército aliado la orden de no atacar antes de que el rey acolhua sonara el *huehuetl* que á la espalda llevaba, como era costumbre entre los monarcas de su nación. Al despuntar la aurora oyóse á lo lejos el *huehuetl* de Netzahualcóyotl: hízole eco con el suyo el rey Itzcoatl, y respondió el ejército con un inmenso alarido, y con una vocería espantosa mezclada al lúgubre sonido de los teponaxtles, que se oyen á muy larga distancia, y al silbo de los caracoles. Cubrió el cielo una nube de flechas, y cayó sobre los tepaneca una granizada de piedras. Lanzáronse contra ellos los *Quachic*, los *Otómiltl*, los *Quauhtli* y los *Ocelotl*, armados de la poderosa *maquáhuill*, mientras que los menos intrépidos les arrojaban la mortífera *átlatl*. Comenzaron á desmayar los tepaneca; en vano Maxtla les mandaba soldados de refresco: Itzcoatl batía sus tropas ya en Tlacópan, Motecuhzoma atacaba ya las orillas de Atzacaputzalco: Maxtla confiaba en sus numerosas huestes, y esperaba el éxito en su *técpán*. Pero repentinamente oyóse inmenso vocerío por el lado del norte; era Netzahualcóyotl con los suyos, que tomando el flanco de la ciudad, entraba por Tecompa y se lanzaba á incendiar el templo, señal que aquellos pueblos tenían de la victoria. Al levantarse del *teocalli* de Atzacaputzalco el penacho de llamas que devoraba al dios de los tepaneca, huyeron despavoridos hacia las lomas de Atlacuibuáyan y hacia el Mazahuacán los restos del ejército de Maxtla, y penetraron al grito de guerra ¡*Mexi!* ¡*Mexi!* ¡*Tenochtitlán!* Motecuhzoma y Cuauhtlatoa con sus tropas, y el rey Itzcoatl con sus desde entonces invencibles tenochca. Desbordóse por la ciudad el torrente de la conquista. Cuanto tepaneca era encontrado perecía á manos de los vencedores, sin atender á sexos ni edades. Los soldados recorrían la ciudad con el *ocoll* ardiendo é incendiaban cuanto á su paso encontraban. Maxtla, en su pavor, se

había refugiado en un *temazcalli*. Descubierta, Netzahualcōyotl, el rey poeta de los jardines de Texcōtzinco, en un terrible acceso de venganza, empuñando el *itztli* de obsidiana, le abrió el pecho, y arrancándole el corazón, lo ofreció, no en aras del dios, sino á la sombra de su desgraciado padre Ixtlilxōchitl.

Cuando la negra noche se extendió por el firmamento todo era algazara y danzas en Tenochtitlán, que reflejaba como diamantes de su corona, en sus cien canales, los millares de luces de *ócotl* que alumbraba su fiesta y su victoria. Reflejaba también el lago las llamas del incendio de Atzacaputzalco, que semejaban en el agua manchas colosales de sangre. De los bosques del lomerío salía el quejido casi mudo de los vencidos que allí se habían refugiado para salvar la vida. El rey Netzahualcōyotl se paseaba pensativo en el *técpān* de Tenochtitlán con la mano manchada por la sangre de Maxtla. La corte tepaneca se miraba desierta: junto al *teocalli*

estaba tendido el cadáver sin corazón de su *tecuhltli*. A lo lejos en el oriente se veía una masa gigantesca y confusa que sacudía sobre su frente un blanco penacho de humo, alumbrado por el fuego interior de sus entrañas, que de cuando en cuando se desbordaba hasta el cráter, semejando un ojo titánico que abría su pupila para contemplar tanta gloria y tanta ruina, tanta alegría y tanta desolación.

El rey de Tenochtitlán, hijo de una esclava tepaneca, condenó la ciudad de Atzacaputzalco á que sirviera de mercado de esclavos. ¡Misterios del destino!

No podemos alargarnos en pormenores, y nos limitamos á decir que Itzcoatl siguió la conquista del reino tepaneca, y que el código Mendocino trae los siguientes jeroglíficos de los pueblos incendiados en esa guerra: Tlacōpan, Atzacaputzalco, Teocalhuayac, Cuauhquauhacán, Técpān, Cuauhtitlán, Atlacuihuáyan, Mixcoac, Coyoahuacán y Cuauhximalla; de manera que Itzcoatl llevó



Toma de Atzacaputzalco

sus huestes victoriosas hasta las crestas de las montañas del sur de nuestro Valle. Los tenochca volvieron de sus victorias cargados de rico botín, y después para premiarlos mandó el rey que les repartieran las tierras conquistadas. Señalaronlas primero á la corona real; y dice la crónica que á Motecuhzoma, por haber sido quien más se distinguió en la guerra, le tocaron diez *suertes* en Atzacaputzalco. Diéronles dos *suertes* á los demás jefes, y una á cada barrio para el culto de su templo, las cuales del nombre *calpulli*, barrio, tomaron el de *calpullalli*.

Al volver los nobles guerreros, recordaron al pueblo el juramento que hizo de servirlos y de llevar á cuestras sus armas, cargas y bastimentos, cuando fuesen á la guerra; y que habían rendido y sujetado para siempre á su servicio sus personas y bienes. Así se cumplió el famoso pacto social que entregó el pueblo al mando y supremacía de los nobles.

Sujetáronse los tepaneca, obligáronse á reconocer como señores á los tenochca, y á servirles y rendirles tributos, y volvieron á habitar en la servidumbre sus

antiguas ciudades y sus casas incendiadas. Así concluyó el poderoso reino tepaneca.

Según el padre Durán, Itzcoatl estableció entonces, para premiar á los más valerosos y más dignos, los grandes empleos militares, y otros varios empleos civiles. Fueron los principales conquistadores de los tepaneca, los hijos del rey Huitzilíhuítl: Motecuhzoma, Huehuezacán, Zitlalcoatl, Aztecoatl, Axicyōtzin, Cuauhtzitzimíztin y Xiconoc; y los señores Cuauhtlecoatl, Tlacahuépan, Tlatolzacā, Mecāntzin, Epenatl y Tzompāntzin. Nombró á Motecuhzoma *Tlacochealcātl*, á Huehuezacán *Tezcacoātl*, á Mecāntzin *Tecoyahuātl*, y *Tozatlātl* á Aztecoatl. Repartió entre los demás los dictados de *Ezhuahuātl*, *Tillancalqui*, *Cuauhnōchtli* y *Atenpanēatl*, que en jeroglíficos trae el código Mendocino, y los de *Acolnahuātl*, *Hueytecuhtli*, *Temillōtzin*, *Tecpanēatl*, *Calminelōlcatl*, *Mexicaltecuhtli*, *Huitznāhuatl*, *Tepanecatecuhtli*, *Quetzaltōcatl*, *Tecuhtlacamarqui*, *Tlapaltēcatl*, *Cuauh-nahuātl*, *Coatēcatl*, *Pantecatl*, *Ictotēcatl*, *Cuauh-quiahuātl* y *Huecamecatl*, títulos que no se hallan

en el códice, pero que traen las crónicas. No creemos que todos estos dictados fueran dados entonces á los conquistadores de los tepaneca, pues si se observa su significado, se verá que varios expresan el señor de tal ó cual lugar, de los que algunos fueron conquistados después.

No olvidaron los tenochca recibir los cuerpos de los muertos en batalla, con las ceremonias religiosas que acostumbraban. Estaban encargados de las exequias los *Cuaukuehuetques*, que iban á las casas de las viudas, y les hacían la siguiente plática: «Hija mía, no te consuma la tristeza, y te acabe los días de la vida: aquí te traemos, y pasan por tu puerta, las lágrimas y suspiros de aquel que era tu padre y tu madre y todo tu amparo: llora y muestra sentimiento por los muertos, que no perecieron cavando ni arando, ni comerciando por los caminos, sino que se fueron por la honra de la patria; y asidos de las manos con el dios *Huitzilopo-*

chtli, viven en el sol, y andan en su compañía ataviados de luz. De ellos habrá eterna memoria. Lloradlos, mujeres de Tenochtitlán, y llorad vuestra desgracia y aflicción.»

Después seguía la ceremonia fúnebre dedicada á *Tonatiuh*, el sol. Colocábanse en la plaza los cantores fúnebres, adornadas las cabezas con cintas de cuero negro, y comenzaban á lanzar gemidos y cantos lastimeros al son de tristes teponaxtles. Salían entonces de sus casas las viudas, cubiertas con el *áyatl* de sus maridos y los *maxtli* atados al cuello, y puestas en hilera lloraban al son de los instrumentos, y dando grandes palmadas bailaban inclinándose á tierra y andando para atrás. Los niños, hijos de los muertos, llevaban sus bezotes y daban palmadas y lloraban como las madres, y los que ya eran hombres estaban quietos, de pié, llorando, y llevaban los *chimalli* y *maquáhuil* de sus padres. Venían después los dolientes: los recibían los



Ritos funerarios de los mexica

cantores con grandes sonidos de sus instrumentos y con lamentos y aullidos, *que ponían gran lástima y temor*; después de lo cual aquellos iban saludando á las viudas y á los viejos presentes. Estaba esta ceremonia dedicada al sol, pues creían los tenochca que eran hijos de *Tonatiuh* los soldados muertos en la guerra.

Pasados cuatro días, formaban de palos bultos que semejasen á los muertos, figurándoles ojos y boca; les hacían de papel el *áyatl* y el *maxtli*; y les ponían alas de gavilán, para que anduviesen volando delante del sol. Adornábanles la cabeza con plumas y les ponían bezotes y orejeras. Ponían todas las estatuas en un salón llamado *Tlacochealco*, adonde iban las viudas á ofrecer, cada una á la suya, un guiso que se llamaba *tlacatlacuali* ó comida humana, unas tortillas á que daban el nombre de *papalotlaxcalli*, tortilla de mariposas, y en vasijas para bebida, harina de maíz desleída en agua. Volvían entonces los cantores á comenzar sus lúgubres salmodías al son del *huchuetl*; y como desde el princi-

pio de las ceremonias, á ninguno de los que en ellas tomaban parte le era permitido lavarse ni mudar ropa, con tantas lágrimas y luto estaban muy sucios, y por eso al canto de esta última ceremonia le decían *txocucatl* ó canto de mugre. Luego se untaban la cabeza con polvos de cortezas de árbol, que los ponían más sucios, y presentaban las viudas, como última ofrenda, un *tecómatl* de *neuhltli*, pulque, que llamaban *teotecómatl*, y regaban el suelo delante de las estatuas con rosas, y en braseros les encendían *copalli*. Entonces los cantores tomaban los tecomates, y después de levantarlos por tres veces como en señal de ofrenda, derramaban el *neuhltli* á los cuatro lados de las estatuas. Al ponerse el sol, regalaban las viudas á los sacerdotes cantores con el acostumbrado obsequio de *áyatl*, *maxtli* y *coatl*, que era instrumento de música. Concluía esta ceremonia con prender todos los figurines de palo en una gran hoguera; y mientras ardían, las viudas estaban llorando á su derredor. Acabados de quemar, los viejos sacer-

dotes dirigían á las viudas la siguiente consolación: «Hermanas é hijas nuestras, esforzaos y haced ancho el corazón: ya hemos dejado á nuestros hijos los *océlotl* y los *quauhltli*, y no penséis en volverlos á ver, que no es como cuando salían de la casa enojados, y tardaban en volver tres ó cuatro días: porque ahora ya se fueron para siempre. Ocupaos en tejer y barrer, y estaos en vuestras casas esperando solamente en *Teotl*, el señor del día y de la noche, del fuego y del aire.»

Volvían las lágrimas y el duelo, y así duraban en el luto ochenta días sin peinarse, lavarse ni vestirse. El último día del luto iban unos sacerdotes á rasparles la suciedad del rostro, la cual llevaban al templo para arrojarla en el *yahualiúcan*. A éstos también les daban las viudas *maxtli* y *áyatl*.

Así los sacerdotes tenochca, como los de todos los cultos, entretenían esas costumbres, al fin de las cuales veían siempre el tributo de ropas de las infelices viudas.

Cuando hubo pasado todo lo que hemos referido, tuvo que ocuparse Itzcoatl otra vez de los graves asuntos de la guerra, y sus soldados volvieron á alistarse para una nueva campaña. Había sucedido que mientras Netzahualcóyotl vino á prestar auxilio á los tenochca, el rey de Huexotla, llamado Iztlacántzin, se había rebelado contra el monarca acolhua, y había ocupado militarmente la corte de Texcoco. No abandonó Netzahualcóyotl la causa de Itzcoatl para volver á recuperar su reino: comprendió que lo más urgente era vencer á los tepaneca; sin que le cupiera temor de que los de Huexotla lo viniesen á atacar á México, pues



Batalla de Xochimilco

como hombres de la montaña no se aventurarían en el lago. Concluyó, pues, primero con los de Atzacaputzalco, y volviendo el ejército aliado victorioso, reconquistó Texcoco. Pronto pudo pagarle Itzcoatl la noble deuda que con él había contraído.

Pone por esta causa el código Mendocino entre los pueblos conquistados por Itzcoatl el de Texcoco Acolhuacán; pero no porque lo conquistara para sí, sino en unión de Netzahualcóyotl, y para éste, su legítimo *tecuhlli*.

Según Ixtlilxóchitl, volvió Netzahualcóyotl á Tenochtitlán con su tío Itzcoatl, con el fin de ayudarle á sojuzgar á los pueblos tepaneca del otro lado de Coyoahuacán, que contra él habían hecho alianza con los de Xochimilco, Cuiclahuac, Mezquic, Chalco y Culhuacán. En esta parte las crónicas llenas están de confusión y contradicciones: las de Tezozomoc y Durán cometen un error imperdonable, pues suponen aún vivo á Maxtla, y como centro de la conjuración Coyoahuacán, que estaba

ya conquistado. Y nos fundamos para decir esto, en que el código Mendocino, que es el más exacto y más autorizado de los anales mexicanos, pone la conquista de todas las provincias del Coyoahuacán, antes de la reocupación de Texcoco. Debemos, pues, tener como centro de la conjuración y refugio de los tepaneca, el territorio que se extiende entre el lago de Chalco y el Axochco ó Ajuzco. Lo cierto es que los tepaneca comenzaron á mandar embajadas á diversos pueblos para levantarlos contra los tenochca. Mandaron la primera á la montaña, á Xalatlahuico y Atlapulco, pero estos pueblos se negaron á la alianza. No así los de Chalco, Culhuacán, Xochimilco, Cuiclahuac y Mizquic, que aceptaron la alianza, pues aun cuando respecto de este último dice el padre Durán que no entró en la conjuración, prueba lo contrario el hecho de estar en el código de Mendoza como el primero de los pueblos conquistados en esta segunda campaña. En esta guerra, que duró hasta el año de 1430, conquistó Itzcoatl, primeramente á

Mizquic, y después á Cuitlahuac, habiendo antes lanzado á los tepaneca hasta el Axochco. De manera que comenzó su campaña por el lado de la tierra, y vino después atacando como en escala los pueblos del lago. Tocóle en seguida á Xochimilco el ser conquistado, y después á Chalco. Los xochimilca fueron obligados á construir la calzada del sur, por mandato del rey

Itzcoatl, y sus tierras fueron repartidas, como lo habían sido las de los tepaneca.

No está en el código Mendocino la conquista de Culhuacán, sin duda porque allí se reputa conquistado desde el tiempo de Tenoch, pero sí se encuentra en los códigos Vaticano y Telleriano-Remense y en las estampas del reinado de Itzcoatl; y hay también en el código



Reparto de las tierras conquistadas de Atzacaputzalco, Coyoacán y Xochimilco

Mendocino la sujeción de varios pueblos que se extienden más allá del Axochco. Pero antes de ocuparnos de esta última campaña de Itzcoatl, que hizo ya al fin de su vida, volvamos á Tenochtitlán, en donde el año de 1430 debía fundarse el imperio por Itzcoatl y Netzahualcóyotl. Habían llevado á cabo ya su gran proyecto, dominar enteramente el Anáhuac. Recobrado el reino de

Texcoco, estaba sojuzgada toda la parte del lago salado hasta los límites de los tepaneca: con la conquista de éstos quedó en poder de los reyes todo el lago, y ya sólo faltaba para realizar su empresa, que se apoderasen del de agua dulce, ocupado por los chalca, xochimilca, culhua y los de Mizquic y Cuitlahuac. Consiguieronlo con esta segunda campaña, y dueños ya del Anáhuac,



Conquista de Cuitlahuac

no volvieron á conocer rivales en su dominio. Desde entonces sus guerras y sus victorias debían tener por campo los reinos colocados tierra adentro.

De esa época data la famosa alianza de los acolhua y tenochca, en la cual se dió entrada al *tecuhlli* de Tlacópan, buscando Netzahualcóyotl con esto el equilibrio del Anáhuac, y haciendo así contrapeso al rey de México, que de otra manera le habría sobrepujado en

poderío sobre las aguas del lago. Itzcoatl se resistió á dar parte á Totoquihuáztin, que era el rey de Tlacópan; pero habiendo cedido á las exigencias de Netzahualcóyotl, quedó definitivamente dividido el imperio, siendo los dos principales señores el emperador acolhua y el mexicano, y después de ellos el de Tlacópan, á quien se dió parte del reino tepaneca. Convinieron también que en las guerras que hiciesen en común, dividirían el

botín y los tributos, dando una quinta parte al *Tepanecatecuhtli*, que así se llamó desde entonces el señor de Tlacópan, y tomando por mitad el resto los dos emperadores, de los cuales el acolhua tomó el título de *Acolhuatecuhtli* ó *Chichimccatecuhtli*, é Itzcoatl el de *Colhuatecuhtli*, por ser su pueblo descendiente de los culhua tolteca. Duró este pacto hasta la venida de los españoles. Torquemada y los demás cronistas que siguen las tradiciones mexicas, dicen que en el reparto tocaba doble porción al rey de México que al de Texcoco: ya hemos visto que tales diferencias nacen del espíritu nacional; pero establece la igualdad el cronista texcocano, y sobre todo una autoridad respetable é imparcial como es Zurita, quien en su *Relación de los señores de la Nueva España*, en la página quinta del manuscrito original, de puño y letra del autor, que poseemos, dice: «Al señor de México habían dado la obediencia los señores de Tlaxcoco y Tlacuba en las cosas de guerra, y en lo demás eran iguales, porque no tenía el uno que hazer en el señorío del otro; aunque algunos pueblos tenían comunes y repartían entre sí los tributos dellos, los de unos igualmente, y los de otros se hacían cinco partes, dos llevaba el señor de México y dos el de tlezcuco, y una el de tlacuba.»

Modificóse también por este célebre pacto la manera de elegir los señores de estos tres reinos.

Clavigero dice que la elección del *tecuhlli* mexicano se hacía por cuatro nobles nombrados expresamente para cada elección, y que después de este pacto fueron constituídos electores honorarios los otros dos reyes, cuya única misión consistía en aprobar el nombramiento hecho en México. Advierte Clavigero que siempre el electo fué de la familia real. Por esta circunstancia Zurita establece como regla fija la sucesión por parentesco; pero no habla de los cuatro nobles electores, pues expresamente dice: «Si faltaba subcesor al señor de México, elegían los señores y principales de su señorío, y la confirmación era de los señores Supremos de tlezcuco y tlacuba, y si a estos les faltaba sucesor, elegían los principales y señores de su tierra, y la confirmación era del señor de México, y ya ellos estaban informados si la elección se había hecho en la forma dicha, y si no mandaban tornar y elejir de nuevo.»

Ante tan contrarias autoridades, aunque la de Zurita es más respetable, debemos examinar cuál era el verdadero modo de la elección, y cómo pudo tener lugar su establecimiento y variaciones.

No debemos olvidar que durante su peregrinación, la tribu tenochca estaba sujeta á un gobierno enteramente teocrático, y que creía obedecer solamente á su mismo dios, que le hablaba por boca de los sacerdotes. Es evidente que el jefe sacerdote se nombraba entonces por los mismos sacerdotes, ó según creía la tribu, por el dios. De aquí nacía la completa sumisión de los mexica á su jefe. Durante su estancia en Chapultepec

nombraron rey á Huitzilihuitl: difícil es decir qué causa les movió á mudar de forma de gobierno, pues no es posible que fuera solamente el deseo de imitar á los otros pueblos del Anáhuac: tan sólo la preponderancia del partido guerrero puede explicarlo, sobre todo si esto tuvo lugar, no á la muerte del jefe sacerdote, sino cuando ya algunos años antes estaba elegido Tenoch, pues hay datos para creer que así pasó. Entonces tendremos una verdadera revolución, en que en la lucha del elemento sacerdotal y del elemento guerrero, triunfó éste, y destituyendo al jefe sacerdote, nombró rey. Mal les fué á los mexica en este reinado que concluyó con su servidumbre y sujeción á los culhua. Debieron atribuir sus desgracias, entre otras causas, al abandono del gobierno teocrático, y volvieron á él, siguiendo en la obediencia de Tenoch hasta que murió. Fundada ya entonces la ciudad, establecida ya la tribu, la idea de pasar del gobierno teocrático al monárquico, que era un progreso y que como todo progreso no podía sofcarse, volvió á ser causa de división entre los tenochca. Por eso fué sin duda el largo interregno que hubo entre la muerte de Tenoch y la elección de Acamapichtli. Prevaleció el elemento guerrero, y la primera elección de rey, debió y no pudo menos de hacerse, que por los nobles guerreros con aprobación del pueblo. El sacerdocio, no queriendo quedar sin intervención en un acto político tan importante, estableció la consagración, y la idea de que por ella el monarca se identificaba con el dios. De aquí, pues, nació el contar siempre con el sacerdocio, que era quien podía deificar al hombre rey. Con la ficción teo-política vinieron á ser los hijos y descendientes de Acamapichtli, hijos y descendientes de *Huitzilopochtli*: idea que trajo consigo la precisa consecuencia de que entre ellos se eligiese siempre al *tecuhlli*. Cuando murió Acamapichtli no nombró sucesor, ni lo hicieron jamás los otros reyes tenochca: lo que produjo esa extraña combinación de la elección y de la dinastía.

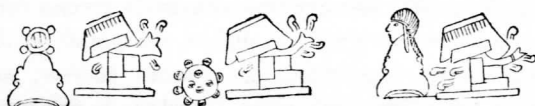
Después de Acamapichtli, no hay rastro de que haya intervenido el pueblo en la elección, y así debió suceder sin duda alguna después de Itzcoatl, en virtud de la sujeción absoluta y vasallaje que el pueblo pactó. Pero tampoco hay en las buenas fuentes la prueba de que la nobleza guerrera encomendara la elección á cuatro diputados. Por el contrario, en los cuadros llenos de vida de la elección de los reyes que nos presentan Tezozomoc y Durán, nos pintan á toda la nobleza reunida, escuchando las arengas de los ancianos, y nombrando entre todos al monarca. En la elección de Itzcoatl dice expresamente el orador, que allí está reunida toda la nobleza, y que allí están todos los hijos y nietos de Acamapichtli, é invita á todos los presentes á que nombren rey: y el cronista agrega, que todos de común acuerdo nombraron á Itzcoatl.

Fué, pues, esta la verdadera manera de elección entre los mexica. No sucedió así con los otros pueblos

del Anáhuac, en donde acostumbraron los reyes, á lo menos generalmente, nombrar sus sucesores entre sus hijos ó nietos. Nombró Tezozomoc sucesor á Táyatl, y el rey Ixtlilxóchitl, antes de emprender la campaña contra los tepaneca, hizo reconocer á Netzahualcóyotl como heredero del imperio chichimeca.

No sufrió, pues, con la triple alianza más modificación la costumbre electoral, que el quedar sujeto el nombramiento del rey tenochca á la aprobación de los *tecuh'tli* de Texcoco y de Tlacópan.

Quedó así con gran poderío establecido el imperio de Itzcoatl; pero todavía antes de morir, debía aumentar



Códice Mendocino. — Muerte de Cuauhtlatoa y conquistas de Itzcoatl

su gloria con nuevas conquistas. Había sucedido que el *tecuh'tli* del pueblo de Xiuhtepec, vecino del de Cuauhnáhuac, le mandó pedir á éste para esposa á una hija suya; y á pesar de habérsela dado, la dió también en matrimonio al *tecuh'tli* de Tlaltéxcal. Para vengarse consiguió la alianza de Itzcoatl, quien con las tropas de los tres reinos aliados marchó sobre Cuauhnáhuac, y venció y redujo á tributarios á los siguientes pueblos, que se extienden más allá de Axochco, y cuya nómina consta en los jeroglíficos del códice Mendocino: Huitzilápan, hoy Huichilaque; Cuauhnáhuac, hoy Cuernavaca; Quetzállan, Tzacuápan, Itztepec, Xiuhtepec, Yohuállan y Tepecoacuilco.

Estos pueblos, Culhuacán, Xochimilco, Cuitlahuac y Mizquic quedaron tributarios de Tenochtitlán, y como territorio propio aumentóse á la ciudad, Atzacaputzalco, Mixcoac, Coyohuacán y Cuauhtitlán. Los pueblos de

Chalco, ó no fueron enteramente conquistados, ó se alzaron desde luego, pues los veremos en el siguiente reinado hacer nuevamente armas para ser vencidos otra vez.

Pueden verse las diversas conquistas de Itzcoatl en las pinturas 5.^a y 6.^a del códice Mendocino. Entre ellas llama la atención la de Tlatelolco, á la cual está unida la de su rey Cuauhtlatoa. Créese que sintiéndose éste desairado por verse excluido de la triple alianza, y humillado por quedar sometido á Tenochtitlán, quiso sacudir el yugo. Con este motivo, desde el año cinco *técpatl* 1432, puso á Tlatelolco en son de guerra; pero como nada pudiera alcanzar por ese medio, fingió someterse el ocho *ácatl* 1435, y recurrir á conspiraciones para hacerse aliados, por lo cual mandó en secreto embajadores á diversos pueblos. Parece que algo había alcanzado ya, cuando lo descubrió Itzcoatl: por lo que éste se apoderó de Tlatelolco é hizo ahorcar á Cuauhtlatoa. Según otra versión, después de haberse alzado la primera vez en 1432, y haberse sujetado en 1435, volvióse á alzar Cuauhtlatoa contra Tenochtitlán el siguiente año 1436; pero una noche se le apareció en sueños uno de sus dioses y le dijo que había hecho mal, por lo que se entregó á Itzcoatl, quien lo entregó á los tlatelolca para que lo matasen. De todas maneras, en el jeroglífico se le representa ahorcado.

Quedó así Tlatelolco por tributario de Tenochtitlán, aun cuando con gobierno propio, pues á la muerte de Cuauhtlatoa se permitió á los tlatelolca elegir por rey á Moquihuix.

En la matrícula de tributos constan los que Tlatelolco pagaba á Tenochtitlán.

Al mismo año citado de ocho *ácatl*, refiere el códice de Cuauhtitlán el deslinde de las tierras de Tenochtitlán y Tlatelolco, y señala los lugares llamados Toltepec, Tepeyacac, Cuauhchilco, Tlalcuichcalco y Tozquenítlatl. Según esto, le quedaron á Tlatelolco algunos lugares al norte de la isla y hasta las riberas de Atzacaputzalco. No puede, pues, decirse que fué entonces completa la sujeción de Tlatelolco.

En esta grandeza dejó Itzcoatl el imperio mexicano, al morir en los postreros días del año *matlactliome técpatl*, 1440, después de haber reinado trece años. Subió al trono Itzcoatl, según Torquemada, á los cuarenta y seis ó cuarenta y siete años de edad. Según Chimalpain, dejó tres hijos y una hija. Fueron aquellos: Cuitlahuáztin, que fué *tecuh'tli* de Itztapalapan; Chalchiuhtlatonac, que lo fué de Xilotepec, y Huehuetzomóztin; y fué la hija, señora de Atotonilco, sin que el cronista sepa su nombre.

No debe olvidarse que Itzcoatl levantó un templo á *Cihuacoatl* y otro á *Huitzilopochtli*.

Aquí acaba la vida de Itzcoatl, de quien en elogio repetiremos solamente las palabras de Chimalpain: *fué varón tan excelente, que no hay bastante lengua para sus alabanzas.*